

Sermón en la Apertura del Capítulo General 2025

Colosenses 1,1-8
Lucas 4,38-44

Hermanos y hermanas,

Quienes acudieron a Jesús en busca de ayuda para la suegra de Simón, que yacía postrada con una fiebre alta, estaban sin duda llenos de esperanza. Habían presenciado la falta de salud en la suegra de Pedro. La esperanza de la curación era, al parecer, el único ancla que les quedaba. Pero, ¿dónde debían echar ese ancla?

Eligieron a Jesús, probablemente después de haber recurrido al médico local y a muchos otros sanadores. “La esperanza no es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que vale la pena”, según afirma un teólogo contemporáneo. Esperaban algo de Jesús. Él es digno de que anclemos ahí nuestra esperanza. Y en esa esperanza, no quedan defraudados.

Quienes pidieron ayuda a Jesús permanecen sin nombre. Al igual que los amigos del paralítico, que fue llevado hasta Jesús por ellos. Los que invocaron a Jesús, impulsados por la esperanza. Hermanos y hermanas, ¿no es ésta una maravillosa descripción de la misión que tenemos como contemplativos en la Iglesia y en el mundo de hoy? (El carisma cisterciense en el mundo actual como signo de esperanza.)

En este momento de la historia de nuestra Orden, nos enfrentamos a un gran sentimiento de vulnerabilidad. No solo en la Orden, sino también en nuestro mundo: violencia, hambre, refugiados y las consecuencias del cambio climático. ¿Llevamos esta vulnerabilidad a Jesús, o más bien a “la esperanza que nos está reservada en el cielo” (Col. 1,4)? ¿O nos dejamos tentar a negar la realidad, a mirar hacia otro lado? ¿O estamos paralizados por la tristeza y el miedo? ¿Tal vez estamos atrapados por el temor a la muerte? ¿O intentamos por todos los medios evitar las preguntas más profundas que suscita esta vulnerabilidad? Llevar nuestra vulnerabilidad a Jesús parece tan sencillo y ordinario, ¡y sin embargo qué difícil es!

“La esperanza no es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que vale la pena.” ¿Es Jesús para nosotros digno de poner toda nuestra esperanza solo en Él y de llevarle nuestra vulnerabilidad? ¿Por qué querríamos hacer eso? Para que Él pueda tocar y sanar nuestra vulnerabilidad, pronunciar su palabra de redención, pero más aún: para que nosotros podamos servir.

La suegra se levantó y se puso a servirles. Ella lleva a Jesús a la gente. ¿No es esa nuestra misión como contemplativos? Llenos de esperanza, llevamos la vulnerabilidad de nosotros mismos, de la Iglesia y del mundo, a Jesús. En ese

encuentro se produce un maravilloso intercambio. Nuestra vulnerabilidad se convierte en la suya, nuestra esperanza se convierte en la suya. (¿No es este el papel de la eucaristía en nuestra vida monástica?)

Hermanos y hermanas, que este Capítulo General sea para todos nosotros la oportunidad de llevar nuestra vulnerabilidad a Jesús. Que sea la ocasión en la que llevamos la vulnerabilidad de otros a Jesús porque solo en Él podemos anclar nuestra esperanza. Que podamos caminar juntos como peregrinos de esperanza hacia Él. Entonces Él nos tocará y nos levantará con sus manos sanadoras, para que podamos volver a estar al servicio en la Iglesia y en el mundo.

Que el Capítulo General sea como la habitación de la suegra de Simón. Que experimentemos la presencia de Jesús. Él, que en nuestra debilidad es nuestra única esperanza. Que nuestra debilidad se vuelva su debilidad, y así, nuestra fuerza para vivir nuestra misión en la Iglesia y el mundo de hoy como un signo de esperanza.